



# Respect Life Month

During the Easter Vigil liturgy, the single flame of the Easter candle shines through the darkness. That small flame spreads as each person's candle is lit and the light of Christ is shared with others. Before we know it, the entire Church is ablaze with the warm glow of candlelight and the darkness has been vanquished.

We are each called by God to be that light of Christ that breaks through the darkness. We are called to be his disciples, continually transformed by our encounter with him and sharing in his mission. Jesus came that we might have *life*.

Part of the impetus for the Eucharistic Revival was a concern that some Catholics do not believe, or at least do not understand, that Jesus is truly present in the Eucharist. Even though our human senses perceive bread and wine, the Eucharist is Jesus—body, blood, soul, and divinity. Similarly, many people do not realize or acknowledge the sanctity of human life when it is hidden in the womb. Both instances call for us to help others recognize these sacred gifts that may not be perceivable through our human senses. We need to help others understand that just because something may not be apparent to our eyes does not mean that it is not there or that it is not important.

We live in a society that rejects those who are weak, fragile, or vulnerable. Yet, it is precisely within these conditions that a person is most in need of our care and protection. Pope Francis reminds us that “every child who, rather than being born, is condemned unjustly to being aborted, bears the face of Jesus Christ, bears the face of the Lord, who even before he was born, and then just after birth, experienced the world's rejection.”

The U.S. bishops have affirmed that, while it is important to address all the ways in which human life is threatened, “abortion remains our pre-eminent priority as it directly attacks our most vulnerable brothers and sisters, destroying more than a million lives each year in our country alone.”

As Pope St. John Paul II wrote, “we are facing an enormous and dramatic clash between good and evil, death and life, the ‘culture of death’ and the ‘culture of life’. . . we are all involved and we all share in it, with the inescapable responsibility of choosing to be unconditionally pro-life.”

In the face of challenges such as abortion and physician-assisted suicide, we may feel that we are not equal to the task of overcoming the darkness. Yet, we are not alone. Jesus tells us, “I am with you always, until the end of the age” (Matthew 28:20).

The God who became man to save us still dwells among us. For Christ is “the light [that] shines in the darkness, and the darkness has not overcome it” (John 1:5). He is the one who overcame death and continually raises us to new life. He remains close to us always, seeking us out in each moment of our lives.

Jesus gave his very flesh to give us the gift of eternal life and invites us to the most profound experience of this gift in our celebration of the Eucharist. When we meet Jesus in the Eucharist, this encounter has the power to change us. The Eucharist has the power to transform the depths of our hearts and the heart of our culture. United to the power of his Eucharistic Presence, may we work to ensure that each person has life—and has it in abundance.

Scripture texts in this work are taken from the *New American Bible, revised edition* © 2010, 1991, 1986, 1970 Confraternity of Christian Doctrine, Washington, D.C. and are used by permission of the copyright owner. All rights reserved. Excerpts from *Evangelium vitae (The Gospel of Life)*, © 1995 and “Address of Holy Father Francis to Participants in the Meeting Organized by the International Federation of Catholic Medical Associations” © 2013, Libreria Editrice Vaticana. Used with permission. All rights reserved. Copyright © 2024, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, D.C. All rights reserved.

October 2024  
“I came so that they might have life” (John 10:10).



# Mes Respetemos la Vida

Durante la liturgia de la Vigilia Pascual, la sola llama del cirio pascual brilla en la oscuridad. Esa pequeña llama se propaga a medida que se enciende la vela de cada persona y la luz de Cristo se comparte con los demás. En unos minutos, toda la Iglesia está ardiendo con el cálido resplandor de la luz de las velas y la oscuridad ha sido vencida.

Cada uno de nosotros está llamado por Dios a ser esa luz de Cristo que penetra las tinieblas. Estamos llamados a ser sus discípulos, continuamente transformados por nuestro encuentro con él y compartiendo su misión. Jesús vino para que tengamos *vida*.

Parte del ímpetu para el Avivamiento Eucarístico fue la preocupación de que algunos católicos no creen, o al menos no entienden, que Jesús está realmente presente en la Eucaristía. Aunque nuestros sentidos perciben el pan y el vino, la Eucaristía es Jesús: cuerpo, sangre, alma y divinidad. Del mismo modo, muchas personas no se dan cuenta ni reconocen la santidad de la vida humana cuando está encubierta en el vientre. Ambos casos nos exigen que ayudemos a otros a reconocer estos dones sagrados que nuestros sentidos podrían no percibir. Necesitamos ayudar a los demás a entender que el hecho de que algo no sea evidente a los ojos no significa que no esté ahí o que no sea importante.

Vivimos en una sociedad que rechaza a los débiles, frágiles o vulnerables. Sin embargo, es precisamente dentro de estas condiciones que una persona está más necesitada de nuestro cuidado y protección. El papa Francisco nos recuerda que "cada niño no nacido, pero condenado injustamente a ser abortado, tiene el rostro de Jesucristo, tiene el rostro del Señor, que antes aún de nacer, y después recién nacido, experimentó el rechazo del mundo".

Los obispos de los Estados Unidos han afirmado que, si bien es importante abordar todas las formas en que la vida humana está amenazada, "el aborto sigue siendo nuestra máxima prioridad porque ataca directamente a nuestros hermanos y hermanas más vulnerables y sin voz y destruye más de un millón de vidas al año solo en nuestro país".

Así escribió san Juan Pablo II, "estamos ante un enorme y dramático choque entre el bien y el mal, la muerte y la vida, la 'cultura de la muerte' y la 'cultura de la vida'. ... Todos nos vemos implicados y obligados a participar, con la responsabilidad ineludible de *elegir incondicionalmente en favor de la vida*."

Frente a desafíos como el aborto y el suicidio asistido por un médico, podemos sentir que no estamos a la altura de la tarea de superar la oscuridad. Sin embargo, no estamos solos. Jesús nos dice: "Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo." (*Mateo 28,20*)

El Dios que se hizo hombre para salvarnos todavía habita entre nosotros. Porque Cristo es "La luz [que] brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la percibieron" (*Juan 1,5*). Él es el que venció la muerte y nos eleva continuamente a una nueva vida. Él permanece siempre cerca de nosotros, buscándonos en cada momento de nuestra vida.

Jesús dio su propia carne para darnos el don de la vida eterna y nos invita a la experiencia más profunda de este don en nuestra celebración de la Eucaristía. Cuando nos encontramos con Jesús en la Eucaristía, este encuentro tiene el poder de cambiarnos. La Eucaristía tiene el poder de transformar lo más profundo de nuestro corazón y el corazón de nuestra cultura. Unidos al poder de su Presencia Eucarística, trabajemos para asegurar que cada persona tenga vida, y la tenga en abundancia.

Scripture texts in this work are taken from the *New American Bible, revised edition* © 2010, 1991, 1986, 1970 Confraternity of Christian Doctrine, Washington, D.C. and are used by permission of the copyright owner. All rights reserved. Excerpts from *Evangelium vitae (The Gospel of Life)*, © 1995 and "Address of Holy Father Francis to Participants in the Meeting Organized by the International Federation of Catholic Medical Associations" © 2013, Libreria Editrice Vaticana. Used with permission. All rights reserved. Copyright © 2024, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, D.C. All rights reserved.